

Los pequeños

Cleto Thar

Querida hermana, te escribo estas palabras con gran inquietud, a pesar de que no crucemos las miradas hace tantos años. No creas que te he olvidado, pero mi trabajo me ha mantenido absorto por un tiempo que ya no logro calcular. He encontrado algo en mis investigaciones que me tiene al borde de la locura, y es por esto que he decidido contactarte, ya que temo lo peor para mí. Te escribo esto desde la estoica desesperación a la que me veo arrojado, luego de recibir los resultados finales de un terrible hallazgo. No sé, ya, que será de mí.

No creas que debes temer; Seguramente yo llegaré a tus brazos poco después que mi carta lo haga, pero he querido explicarte lo más ordenadamente aquello que desata mi insania. Del mismo modo, no debes albergar preocupaciones por mi salud, ya que mi vigor es tremendo desde que he dejado la bebida, sin embargo, no tengo recelo en admitir que mi equilibrio mental se ha deteriorado en los últimos años.

Sabes bien, hermana extrañada, que hace cuatro años partí a la selva y a lo largo de este tiempo debo reafirmarme en lo que siempre pensé y te dije desde muy joven: nada es lo que parece, salvo cómo se quiere hacer ver, y de este modo, muchos vivimos engañados respecto a lo que realmente somos y con quiénes compartimos el mundo que mal habitamos.

Pero no debo adelantarme, puesto que me gustaría exponerte lo que ha sucedido con gran detalle, de modo que brille en ti un reflejo de aquel sentimiento de terror que he arrastrado conmigo las últimas semanas, no con el fin de perturbarte, sino para que te apiades cuando me veas tan demacrado, arrojado al descuido y no te llegue a tomar por

desprevenida que he perdido la apariencia que naturalmente tuve antes de todos estos eventos.

Seguramente pensarás que ando construyendo una broma, o algo parecido, pero son lágrimas las que ensucian la tinta por la base del papel. Son lágrimas de impotencia, de fascinación, pero, sobre todo, de una descolocación de mis arraigados instintos; siento el mundo más irreal que nunca. Hermana, no me juzgues sin leerme hasta el final.

Tomaré un largo respiro y procuraré comenzar con lo que ocurrió hace dos años en el campamento. Yo entonces analizaba muestras de unos insectos que creía haber descubierto, cuando dos vigilantes me alertaron que me llamaban de una mina, que habían encontrado algo extraño y que seguramente me interesaría.

Verás, en el campamento hay gente aburrida de todo tipo, y el fanático de las cosas extrañas, leyendas, e historias de apariciones, y mucho más, ese soy yo. El resto anda ocupado en sus quehaceres y pocos prestan oídos a mis conversaciones. (Si lo sabrás bien tú, hermana querida.) Conociendo esto, es que me avisaron, con prisa, que me presente a un lugar en el que no me había asomado ni por casualidad.

Dejé atrás mis papeles y el microscopio, para ir tras los vigilantes, quienes me condujeron al sendero norte del campamento, en donde nos desviamos por una floresta que se inclinaba hasta lo muy alto, y tras arduos veinte minutos, yo ya había cumplido el ejercicio del mes.

Llegamos por fin a una grieta en una ladera elevada, por donde se congregaban diversos curiosos, tanto del campamento mismo, como locales y nativos. Todos a viva voz comentaban los hechos y es (fue) así que me enteré de lo ocurrido. Luego de un gran intercambio de preguntas que se intercalaban con mi asombro, supe lo siguiente.

Los mineros ocupan su tiempo de un modo muy particular, pues cada exploración implica una apuesta muy alzada; A veces se encuentran ricos minerales para vender

por lo legal o por donde cobran gran valor, o bien, puede uno del mismo modo tropezar por una roca suelta y terminar inconsciente en lo oscuro de algún precipicio.

En aquella ocasión fueron dos mineros los que exploraban dicha caverna abierta, y fueron ellos mismos los que dieron el primer aviso que terminó en llegarme en aquella maldita hora; Los exploradores habían encontrado pepas de oro y para facilitar su trabajo, los muy brutales habían dinamitado una carga, con el fin de facilitar su extracción, sin embargo, fue otra cosa la que hallaron.

El oro estaba ahí, aunque fuera muy escaso y su valor ya se había acumulado en los bolsillos de los mineros, pero como consecuencia de la explosión, (que yo mismo escuché, pero a las cuales ya me había acostumbrado), resultó en una cosa distinta; como fruto de la dinamita, una pared de la caverna se había venido abajo, revelando una cámara adjunta, que, de modo muy singular, se ocultaba entre las paredes inciertas de la oscura cueva.

Esto no era extraño, ya que las cuevas en esa zona son muy profundas y poco se han explorado, salvo superficialmente, pero lo que ciertamente se salía de lo ordinario, era lo que habían encontrado en la cámara adjunta. Habían preferido dejarla ahí para que yo mismo la examine, de modo que, apresurado con las historias, me adentré sin pensarlo en la cueva.

En la oscuridad, los sentidos se radicalizan y pude sentir una amenaza invisible que provenía de todos lados, invadiendo lo cavernoso como un eco unánime y omnipresente. No todos estamos hechos para deslizarnos entre las cuevas, pero acompañados por linternas, me condujeron hasta el lugar en donde había ocurrido la explosión y comprobé que una pared se ubicaba del otro lado, como si hubiera estado oculta antes, y que salvo por aquella casualidad, uno nunca hubiera dado con ella.

Del otro lado, en esa antecámara, un aire distinto se respiraba. Era seco, como si fuera más viejo, si es posible decir algo así. Definitivamente había un ambiente más antiguo

en ese lugar secreto, pues, si uno lo piensa bien, puede ser posible que dicho sitio nunca haya sido recorrido por ningún ser humano, sin embargo, había un detalle.

En una roca no tan elevada, colocada de modo muy casual, había una estatuilla. Cuando la vi por primera vez el tiempo se detuvo y creo que pasé diez minutos contemplándola hasta que la linterna empezó a parpadear por su extinción inminente. Debe haber sido la oxigenación del lugar; puede haber sido mi euforia, pero algo ahí no cuadraba.

Cuando contemplé la figurilla mi imaginación explotó de inmediato. Había alguien, hace quién sabe cuántos cientos de años, que con sus expertas manos había creado tal obra de arte, por alguna razón que yo desconocía, y ahora, por una coincidencia magnífica, me veía ante ella, compelido por sus rasgos perfectos, finamente labrados, muy bellamente realizados, y sin saber de qué cultura hubiera sido, mi romántico humanismo idealista consiguió que me enamorara del artefacto; me parecía entonces un hito extremo en la evolución de nuestra fugaz especie.

¿Cómo había llegado a dar acá? Las grietas de la caverna no permitían el paso de nadie, salvo que fuera un muy pequeño y ágil niño, y, aun así, se haría daño en el intento; no había entrada posible, salvo el de la explosión, entonces, de nuevo, ¿Cómo había llegado a dar acá? No comprendía. ¡Ah! Cómo quisiera ahora no saberlo.

La linterna anunció su fin y con mi recobrar de la vigilia, salí de mis ensoñaciones inmersivas, y sin pensarlo dos veces, tomé la ligera estatua entre mis manos e indiqué que fuéramos a la salida, antes de quedarnos a oscuras, ya que la idea me causaba pavor. Con mucha angustia crucé la salida de la cueva con el artefacto entre mis manos y todos lo contemplaron cuando lo elevé.

Noté entonces que parecía estar hecho de cuero, que era ligero, y que tenía un poder magnífico, lo podía sentir en mis propias manos y la exclamación de los presentes hacía parecer que lo estuviéramos adorando. ¡Qué hubiera pensado el jefe de haberme visto de esa forma! Pero a mí me importaba poco en dicho momento, estaba poseído por la

excitación de haber contactado con un pasado indefinido, al punto que tenía en mis propias manos el vestigio del arte inteligente de una cultura probablemente neolítica.

Aquella tarde regresé a mi trabajo, pero no pude dedicarle un segundo más a mis insectos, sino que, desde entonces, mi atención fue entera para tal artefacto misterioso y es así que empezó mi maldición, querida hermana, y de nuevo, necesito repetir que no bromeo, sino que es algo tan serio, que a cada párrafo debo detenerme a calmarme, ya que tiemblo por entero, al recorrer estas ideas en mi perturbada memoria.

Pasé días enteros estudiando el objeto, y no fue poco lo que encontré, pero fui interrumpido por una trabajadora del campamento, quien me insistía en que debía comer, y al notar el motivo de mis desvelos, ella me relató una historia que su abuela le había contado. La mujer local refería lo siguiente.

Un pueblo indígena que hoy ya no existe tenía leyendas sobre pequeños hombrecitos, que se alimentaban de carne, y que, al percatarse la cercanía de cualquier humano, entonces le atacaban con sus diminutos dardos con veneno, o bien, utilizando lanzas muy afiladas. Le pregunté a la señora por el nombre de tales criaturas, o bien, por el nombre de la cultura indígena a la que se refería, pero la mujer no tenía las respuestas que yo buscaba. – “Esos nombres han sido olvidados, joven, toda esa historia ha sido quemada y el olvido la ha sepultado para siempre”. - Me dijo en tono sombrío.

No me desanimó la falta del rastro a mis pistas, puesto que ahora tenía un indicio muy fuerte: la estatuilla que yo tenía no podía ser otra cosa que una representación de estas criaturas, estaba seguro, puesto que los rasgos deformados de la figura sólo podían haber surgido de una imaginación intoxicada que se mezclaba con hábiles manos de artesano. Entonces me admiré de la experticia del artista, puesto que sus detalles habían observado un gran cuidado y cada pequeña parte del objeto había sido elaborada con una sensación de naturalidad tan bien lograda, que jugaba con la idea de que fuera una de esas personitas agresivas de las que hablaban los mitos locales.

Comprendí rápidamente el poder de la evocación; la fuerza con que el espíritu puede viajar gracias al estímulo de algo tan sencillo como una estatua pequeña y grandiosamente lograda. Había algo extraño con la cabeza, sin embargo, y parecía haber sido maltratada, de alguna suerte, probablemente en uno de los muchos derrumbes que pudiera haber sufrido la caverna, a lo largo de los años.

¿Pero cuántos años tendrían que haber pasado para que un lugar antes recorrido, terminara así de sepultado de forma que no fuera accesible sino hasta después de la detonación de la dinamita? Consideraba el paso de las edades geológicas y mis cálculos se convertían en algo absurdo; Para que las placas de la tierra se modifiquen de tal suerte, tendría que haber pasado cuando el planeta no conocía ni de cerca a los mamíferos bípedos, sino que, otras criaturas moraban la tierra y el ancestro más cercano de lo humano, entonces, habría sido un roedor o algo parecido.

Tenía que existir otra explicación; Acaso, yo no hubiera explorado bien los alrededores, y una entrada me hubiera sido inadvertida, o bien, con la euforia del momento, yo había pasado por alto un detalle crucial, que, por lo frenético del momento, había desatendido; Es eso lo que tenía que ser, puesto que cualquier otra hipótesis se desmoronaba por lo absurdo.

En esa primera semana, hice todos los exámenes que pude con los medios limitados que tenía a mi disposición. Tuve que esperar varias semanas para poder llevar el artefacto a un laboratorio mejor equipado, en donde le sacamos radiografías y pruebas celulares. Querida hermana, me voy a detener a comentarte lo primero, para luego culminar con lo segundo, y debes saber que para controlar mi inquietud realizo un gran esfuerzo.

No es mucho lo que aprendí por mí mismo, sin los reactivos o aparatos especiales que la situación requería. El material me era elusivo, y no comprendía de qué podría estar hecho, pero supuse que se trataba de una suerte de cuero animal descompuesto por

los siglos. No habrá sido tanto lo que deduje científicamente, pero ciertamente fue mucho lo que invadió mi mente por entonces.

Recordé las historias que me contabas de pequeño, querida hermana. ¿Por qué hay mitos de seres pequeños en todas las culturas? Tu misma sabes bien esto. Toda mi niñez me inundaste de cuentos dulces acerca de duendes, gnomos, mukis, leprachauns, y así por el estilo, hay nombres para tales criaturas en cada civilización antigua, al punto en que tu amigo antropólogo ha estudiado a esos pigmeos de las islas orientales, para comprobar que su desviación genética es perturbadora, pero al mismo tiempo, fascinante.

Todas estas cosas estaban en mis pensamientos, cuando iniciaron las pesadillas que me perturbaron los horarios de sueño. Sabes bien, hermana mía, que nada como dormir plácidamente he disfrutado en mis años de vida, pero a raíz de las terribles ensoñaciones que me invadieron, he terminado por temer mucho el cerrar los ojos, y mucho menos, soñar con nada, puesto que ineludiblemente, mi mente evoca una misma escena que me atormenta.

Verás, te contaré mi sueño recurrente, pero debes considerar que no es otra cosa que lo dicho: una sencilla ensoñación, probablemente alterada por mis niveles de adrenalina y conmoción. Quiero pensar que la vida en el campamento me ha vuelto más susceptible, y es quizás el stress o la tensión, aquello que me empuja a pervertir tanto los hechos que me han acaecido.

Pues bien, siempre me encuentro en la cueva, desnudo, e intento moverme, pero no puedo, ya que estoy como amarrado. Sin embargo, no veo ataduras en mi cuerpo, sino solo mi piel expuesta a un brillo de un fuego lejano. En la oscuridad, me siento frío y solitario, pero son los sonidos que me mantienen alerta, aun cuando no puedo moverme de todas formas.

Escucho el sonido de gruñidos agudos, como de vocecitas muy malhumoradas, para luego, sentir que alguien mi-me pica en el pie. Con esfuerzo muevo mi cuello y siempre, cada vez que sueño esto, ocurre lo mismo. Un destello de luz coincide con mis ojos, al contemplar la fuente de mi dolor, y no es otra cosa que un demonio pequeño, de cara humana, pero muy pequeña, que me hinca con su bastón afilado y me muestra los dientes agudos con una sonrisa diabólica.

Entonces grito, muy fuerte y casi siempre despierto en ese momento, pero he llegado a soñar que llegan otros seres parecidos y luego me devoran crudo, de modo lento y entre danzas que parecen tribales; Así como lo lees, hermana, mis sueños están muy alterados y no es otro el tema de mis delirios que aquel, el de ser el foco de un festín macabro.

Como consecuencia de estos arranques de pavor, he disminuido mis horas de sueño, y es gracias a este desacierto, que me hice amigo de un vigilante de la noche. No me malinterpretes, el sujeto es uno muy bueno, pero me contó una historia que hizo que mis pesadillas se incrementaran; te la voy a relatar como parte de mis terribles experiencias.

El joven local me indica lo siguiente; En antiguas leyendas que su padre le compartió antes de morir, se hablaban de estos espíritus de la naturaleza, que habían alcanzado una cultura muy avanzada, pero sencilla y que eran bastante territoriales. Me indicó diversos detalles que voy a obviar, pero hay uno que llamó mi atención. Él me dijo que cuando estos pequeños seres se enfermaban o llegaban a muy viejos, los de su especie le aniquilaban de un golpe en la cabeza.

Esto no lo comprendí al instante, sino hasta que me vi de nuevo contemplando de noche la figurilla; Ésta también tenía una deformación en la cabeza, por lo que seguramente, el artista que hizo tal representación, debía haber conocido el mismo mito que había yo

escuchado. ¿Cómo algo de hace tantos años podía mantenerse vivo gracias a la tradición oral? No me lo explicaba.

Volvieron a mí las preguntas de cómo habría llegado a parar a tal lugar inaccesible. Ninguna explicación me formulaba, ni para ese asunto, ni para la naturaleza “vieja” del aire, que a todas luces era mucho más seco que en las afueras de la caverna. Las condiciones climáticas eran distintivamente otras que las de unos metros afuera, en donde había exposición continua al oxígeno fluido.

A estas alturas, hermana querida, quiero contarte lo que sucedió cuando analicé la estatuilla en un laboratorio mejor suministrado y dotado de cuanto aparato la ciencia ha logrado producir actualmente. Pero no quiero indicarte este pasaje, sin antes, dejar muy en claro que todo esto, por tonto que parezca, me tenía al borde de la enfermedad.

Las pesadillas fueron variando por fiebres y al cabo de unas noches, yo ya no estaba seguro de cuándo había sido la última vez que dormí en realidad, puesto que alucinaba cosas de uno y otro modo, al punto en que descuidé mis labores. Con esto, me refiero a mis labores de investigar el artefacto, ya que mis labores cotidianas habían sido largamente olvidadas y dejadas tan de lado, que ya nunca más las retomé.

Si existía tal figurilla, hecha por un ser humano muy antiguo, por fuerza, tenía que haber otras, o cuando menos, restos de alguna civilización, pero todas las necesidades lógicas que iba planteando eran interpeladas con un mismo pensamiento. Aunque tuviera fiebres elevadas, lo sabía bien, si quería investigar mejor, debía analizar mejor el lugar del hallazgo, antes de partir a la ciudad para entregar la obra de arte neolítico a los especialistas.

Sin saber cuánto había dormido, o si lo había hecho siquiera en los últimos días, yo me arrastré cual sombra hasta el camino del norte y me desvié, sólo para ser interpelado por un vigilante, que se asombró mucho de verme a esas horas deambulando con una mirada tan perdida. Le expliqué que iba a la cueva, pero advirtió que era peligroso. ¡Ah!,

hermana mía, que detalle tan pequeño, pero significativo, probablemente yo estaría muerto si no fuera por tal consejo, sin embargo, no desistí de ir, pero esta vez solicité ayuda. El vigilante accedió a acompañarme, pero me declaró desde un inicio que el miedo le invadía y que llegaría hasta donde le fuera posible, pero que no prometía nada, ya que el lugar le producía escalofríos.

No lo puedo culpar, y en general, a ninguno de los locales, puesto que la tendencia general fue de desconfianza y recelo ante tal lugar secreto, pero esto se explica fácilmente, ya que el miedo a lo desconocido se encuentra inscrito en lo más primitivo de nuestros procesos cerebrales. Yo no lo puedo negar, querida hermana, estaba envuelto en el miedo más profundo que te puedas imaginar, y, sin embargo, había algo más que me movía, y era la fascinación de develar los misterios de tal artefacto maldito.

Ingresamos a la cueva, y no había calculado que mis pesadillas habían hecho que yo tuviera un pavor irracional de esa cámara secreta. Sin embargo, llegamos sin problemas hasta el sitio y mi compañero se encargó de iluminar bien mis pasos, mientras yo escudriñaba cada rincón, intentando encontrar alguna pista o dato que sirviera a mis propósitos, ya a estas alturas, más cercanas a lo irracional, que a lo rigurosamente científico.

Cuánto me gustaría decir que encontré algo, pero no es así. No fue mucho el tiempo que disponía, con dos cargas de la linterna, y, aun así, me esforcé por atender a cada elemento que aparecía ante mi percepción, todo para nada, puesto que no hubo nada nuevo que me señalara información pertinente a aquello tan oscuro sobre lo cual yo buscaba atraer luces.

Hermana mía, mi angustia fue mayor, entonces, puesto que sentía la desesperación de no hallar respuestas, y fue así, que me decidí por fin ir al moderno laboratorio de la capital, abandonando mi puesto de trabajo, y no ofreciendo explicaciones a nadie más que a las personas necesarias para realizar mi viaje.

¡Oh!, sangre de mi sangre, ahora verás porqué esta historia tan tonta resulta en una terrible, y porqué he querido detallarla en esta carta antes que me veas, puesto que tengo muy presente que mi rostro tiene facciones que podrías no reconocer, y quiero anticipar tu juicio, con la finalidad de amortiguar los amargos sentimientos que habrán de recorrerte la próxima vez que mi mirada no pueda cruzarse con la tuya. Es cierto que sueño muy racional, pero puedo asegurarte que es el último aliento de mi pensamiento saludable, ya que luego de lo que te voy a contar, probablemente decidas ni siquiera recibirme, ahora que lo sabrás todo.

Al laboratorio no me costó llegar, pero ciertamente me costó esperar, y los resultados no tardaron, pero pude sentir la incómoda mirada de todos mientras anhelante, contaba los minutos para recibir el informe final. De ese día, no recuerdo nada, hermana mía, porque has de saber que me golpeé la cabeza al perder la conciencia. Tuvieron que repetirme las noticias en una cama del hospital, cuando yo desperté afiebrado de una más de tantas pesadillas recurrentes.

El asunto era muy sencillo, el informe estaba listo y me habían dado los detalles, sin saber nada del contexto de mi artefacto. Verás, hermana querida, los datos que me dieron del objeto, no eran lo que esperaba. Antes bien, resultaban en la confirmación de lo que mi imaginación salvaje ya había desanudado entre sueños y ahora podía poner todas las piezas sobre la mesa, solo para enloquecer de pánico ante el horror de los hechos que se me presentaban al entendimiento.

Los primeros datos que leí me desconcertaron, de modo que pensé que había un gran error, pero me indicaron que habían realizado una serie de pruebas que arrojaban el mismo resultado: el artefacto no era mayor a los cuarenta años de antigüedad. ¿Pero cómo fuera posible este hecho? Si esto era así, no encontraba explicación posible de qué modo había llegado a parar a un lugar que, a todas luces, era inaccesible, y que, teniendo un cuerpo, el artista, escultor ni nadie, podría simplemente atravesar los

bloques de piedra o tierra. Por donde pusiera la idea, apoyándome en lo poco que sabía, resbalaba, y no lograba un punto fijo a mis razonamientos.

Los resultados no venían siendo lo que esperaba, porque, además, el informe del análisis celular retornaba cierta especificación que me hizo palidecer, y me temo que no he recobrado el tono desde entonces. Hermana mía, aunque creas que estoy loco te lo voy a contar. Lo que yo pensé que eran cueros, no eran otra cosa que un tejido celular animal no muy lejano y descompuesto por apenas unos meses; no era de ningún animal conocido, salvo que su composición genética se aproximaba notablemente a la humana, sin llegarlo a ser.

Esto abre la puerta a otra serie de problemas nefastos e incómodos, que desde mi posición no pude, ni puedo, dilucidar. ¿Cómo es posible que no sea de un animal distinguible, sino que, del modo más macabro, se hubiera hecho una estatuilla con piel humana? ¿Qué tipo de artista psicopático, por muy bizarra que fuera su cultura, encontrara como material apto para la artesanía, los restos humanos reciclados?

Pero finalmente, hermana adorada, alcancé la hoja final, del laboratorio de rayos X, en el-la cual se estipulaba un complejo informe que ignoré, ya que me quedé atónito frente a lo que la imagen adjunta mostraba. No tuve que leer la explicación, ya que la representación impresa era contundente y tan clara, que creo haber reído desaforadamente por horas.

Verás, hermanita, pude comprender todo, entonces, puesto que todo encajaba, y por muy poco posible que me hubiera parecido, tenía las pruebas en mis manos y ya no sabía cómo reaccionar al sujeto que me entregó la figura de vuelta. Temblando, la recibí y la miré por última vez antes de quemarla.

Logré entender al instante lo que no había notado antes; los detalles magistralmente surcados, la excelencia del artista, el material misterioso y, sobre todo, las condiciones inverosímiles en que había encontrado el artefacto. Ahora que había visto la radiografía,

no le puedo llamar más un artefacto, puesto que he logrado comprender que lo que hay dentro del material de mi amada “estatuilla” no es otra cosa que carne y huesos, ya que a todas luces la radiografía demuestra que se trata de no otra cosa que una momia, en un estado de preservación natural, probablemente ligada a la sequedad del ambiente naturalmente aislado, y así, quedaron grabados en mi memoria, ¡oh hermana mía!, aquellos dientes puntiagudos que no hubiera podido ver a simple vista.